

MIENTRAS EL CORAZÓN
SUFRÍA

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Comenzaron los dedos de la mano izquierda. Primero, el meñique, que, como el más pequeño, era también el más inquieto y siempre había sido un tormento para el pobre lánguido anular que tenía la desventura de estar a su lado; pero algo también lo había sido para los otros dedos.

Ridículo de forma, con la última falangeta mal articulada, torcida hacia dentro, dura, casi inflexible, parecía un dedo con tortícolis.

Pero jamás se había afligido por este defecto. Antes se había servido de él para no dejar en paz un momento a sus compañeros de mano y, como ufanándose de ello, muchas veces se levantaba recto, como para decir a todos:

—Mirad, ¿lo véis? ¡Yo soy así!

En lugar de ocultar por pudor aquella fa-

langeta estropeada bajo la yema del anular, se la montaba en el dorso con fuerza o constriñéndolo a estar en alto, en una posición incómodísima; se alargaba para ponerse encima del dedo de en medio o del índice o iba con su uñita estevada a punzar la uña dura del pulgar rollizo.

Pero éste, a las veces, agriado y cansado, se le oponía con violencia, saltándole encima sobre la primera falange, y lo tenía debajo oprimiéndolo con ayuda de los otros tres dedos hasta casi estrangularlo.

No se daba por vencido.

Oprimido y todo, arañaba la base del pulgar, como para decirle:

—¿Lo ves? ¡Puedo moverme! Estás tú peor que yo.

Y en efecto, el pulgar, preso como en una tenaza, pronto lo dejaba libre.

Aquel día, no obstante, estaban todos de acuerdo.

Que aquel meñique bufón fuera tan vanidoso y prepotente y no se estuviera quieto ni un momento, más bien agradaba hoy a los otros cuatro dedos, que tenían un gran miedo de entorpecerse en el desmemoriado abandono en que, ya cerca de una semana, se había dejado a todo el cuerpo.

No solamente los dedos de las manos, sino también los de los pies, aprisionados, y los pies enteros y las piernas y, aún más arriba,

el busto: los hombros, los brazos, el cuello y, en la cabeza, las mejillas, los labios, las aletas de la nariz, los ojos, las cejas, la frente, advertían confusamente en aquel abandono de tan larga duración una amenaza oscura y pavorosa, a la que por cuenta propia pretendían sustraerse.

Día por día la vida se iba como alejando de ellos para concentrarse hondamente en una profunda, misteriosa intimidad, de la que ellos eran excluidos, considerados como extraños y como ausentes, como si en efecto no debiera importarles la decisión que en aquella intimidad profunda y misteriosa secretamente se maduraba.

Los abandonaban allí más cada día, sobre un butacón de Viena junto a la ventana, en espera de que la decisión llegase a madurez. Y en aquella espera ellos, no sabiendo qué hacer para no entorpecerse en el abandono, jugaban por cuenta propia. Jugaban verdaderamente como locos.

¡Era preciso ver cómo bailaban aquellas piernas, ya una sobre otra, ya las dos apareadas, con las puntas de los pies en tierra y los talones hacia arriba de modo que los tendones se contrajesen! ¡Cómo después, cansadas de aquel juego, se estiraban para hacer otro, que consistía en un abrirse y cerrarse acompañado, primero con el pie izquierdo sobre el derecho, después con el derecho sobre el iz-

BIBLIOTECA ALFONSIANA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

quierdo, para estar debajo una vez cada una, sin superioridad! Y también los zapatos con su crujido tomaban parte en aquel juego.

Pero más que todos jugaban las manos, ora entrelazando los dedos, ora oponiéndolos por las puntas y moviéndolos así a palanca, de modo que primero se estirasen hasta ensamblar uno con otro y luego se separasen saltando como muelles. O por el contrario, jugaban separadamente una y otra mano; pero, casi siempre, aquello que hacía la una, la otra lo repetía; si la derecha tamborileaba sobre la pierna derecha, el mismo tamborileo hacía la izquierda sobre la pierna izquierda, como si no pudiera pasar por menos; un aleteo o un chasquido la diestra, el mismo aleteo o el mismo chasquido la izquierda; poco después, o bien, siempre por juego, la una apretaba los dedos de la otra y viceversa, o se los pellizcaba, para después acariciárselos con una fricción delicada, lenta, lenta; o se ponía a rascar donde no había picor, hasta que el dedo rasgado se rebelaba con una escapada violenta, y se producía entonces como una riña entre las dos manos, un restregadero convulso, interrumpido, al fin, por agarrarse una mano a la otra y tenerla por un rato estrechamente apriionada. Luego, una de ellas se levantaba o para ir a estirar el lóbulo de una de las orejas, o en la boca el labio inferior, o la bolsa hinchada de debajo del ojo o para arañar sin ne-

cesidad el mentón erizado de la barba no afeitada en muchos días.

Los más compasivos de todos eran los ojos, las cejas, la frente. Hubieran querido jugar también ellos; pero, por la honda tensión del espíritu, se mantenían atónitos—los ojos—o en una dura y cruel fijeza; las cejas, juntas; la frente, contraída.

Los ojos podían mirar y no ver. Si apenas veían, eran de pronto desviados de la cosa medio vista y obligados a volverse a otro lado, con la misma ausencia de atención. Pero, con el rabllo, y sin darse cuenta, seguían el juego de las piernas o de las manos; sugerían a éstas, de pasada, que cogiesen, por ejemplo, de la mesita cercana al butacón el cortapapeles, para comenzar con él otro juego. Y las manos no se lo dejaban decir dos veces; empezaban aquel juego, quedo, quedo, casi a hurtadillas, para diversión de los ojos, haciendo girar y regirar en todos sentidos aquel corta papeles.

Alguna vez suspendían el juego para llamar hacia ellos la atención del espíritu con un medio violento: haciéndose daño. El terrible meñique de la mano izquierda clavaba la falangeta torcida en uno de los agujerillos del asiento del sillón de rejilla, y no pudiendo luego salirse de él, obligaba al hombre a replegarse hacia un lado para encontrar la manera de sacarlo sin desolladura y sin detrimento del asiento de la butaca. Sin demora

el pulgar, y después todos los dedos de la otra mano, se dedicaban a compensarle con caricias y fricciones amorosas del mal que se había hecho por buscar el bien de todos. Tal otra vez el pulgar y el índice de la mano derecha pellizcaban la pierna para hacer saber a aquel hombre que si él tenía un corazón que le dolía dentro, tenía también aquella pierna, sensibilísima también, es decir, capacísima de sufrir, como pierna, a causa de un pellizco; de sufrir, sí, aquel escozorcillo acentuado... más acentuado... más acentuado... ¿No? ¿No quería advertirlo? Pues entonces, ¡nada! El índice restregaba la pierna como compensación al sufrimiento inútilmente infligido; después ambas manos la cojían y la ponían a caballo sobre la otra para que se recrease un poco columpiando el pie.

¡Oh, descubrimiento! En el espejo del armario, colocado en el ángulo de la otra parte de la ventana, aparecía y desaparecía la punta de aquel pie que se columpiaba, como una coma de luz sobre el charol.

Otro juego. Los ojos cejijuntos lo seguían; esperaban, fijos en el ángulo del espejo, que apareciese la punta del pie; y sin embargo, fingían no ocuparse en ello, sabiendo que si hicieran la más pequeña demostración del caso, el hombre, todo absorto en su íntimo dolor, habría con un bufido hecho terminar aquel balanceo y que tomase el cuerpo nueva postura.

¡Quién sabe! Acaso hubiera sido un bien... Apoyando el codo sobre el brazo derecho de la butaca y alargando un poco el cuello, toda la cabeza se hubiera mostrado en el espejo; y hubiera bastado esto, es decir, la vista de su propia cara, para hacer saltar y ponerse en pie, indignado y feroz, a aquel hombre.

Casi, casi... No, vamos, no convenía. Mejor era seguir jugando, no excitar la fiera voluntad enemiga, escondida en la profunda, misteriosa intimidad, donde la decisión oscura y pavorosa se maduraba. Existía el riesgo en que esta voluntad, viendo la extrema palidez de la cara desencajada, la cabeza calva, aquellas bolsas hinchadas debajo de los ojos, aquella barba no afeitada en tantos días, opusiera de súbito una violencia a aquella violencia. No convenía.

Pero es que la tentación de aquel espejo era ya demasiado fuerte; no solo para el cuerpo, ahora, sino para aquella voluntad enemiga, la cual, no cabe duda, obligaba a los ojos a mirarlo de soslayo.

¡Maldito el pie que, primero, columpiándose, se había reflejado allí!... Pero los ojos mucho más... ¡malditos los ojos que lo habían descubierto!

He aquí, en fin...— ¡no, no!, el cuerpo se resistía—, pero la voluntad enemiga le obligaba a levantarse del butacón y a presentarse allí, delante de sí mismo, en el espejo.

—¡Miradlo!

¡Cuánto desprecio, cuánto odio acumulaba aquella voluntad enemiga en los ojos! Con qué maligno deleite descubría en aquella pobre cara los estragos irremediables del tiempo, las lentas, desdichadas alteraciones de los rasgos, la piel sobre las sienes ajada y amarillenta, las depresiones, las hinchazones, la calvicie humillante, la mezquindad ridícula y afflictiva de aquellos pocos cabellos que quedaban, alineados casi uno a uno sobre el reluciente cráneo, más rosado que la frente, apergaminada en ásperas arrugas.

Y la cara, que no podía dejar de reconocer la verdad de aquellos estragos, pero que todavía hasta aquí acostumbraba a presentarse delante del espejo piadosamente en el momento más favorable, ahora, casi sin comprender el por qué de aquel examen tan minucioso, tan penetrante y despiadado, permanecía como mortificada y atónita delante de sí misma, como cuajada en una mueca fría, no se sabía si de repugnancia o compasión. Pero los ojos (no como excusa, no para oponerse a la realidad, por lo demás bien conocida, de aquellos estragos, sino así, casi por cuenta propia), se esforzaban en hacer notar que aquellas bolsas hinchadas, entre tanto, no estarían allí, hubieran podido no formarse, o no serían al menos tan pronunciadas, si no hubiesen transcurrido cuatro noches

insomnes, entre violentas pesadillas y delirios. Y luego, aquella barba crecida... Pero, ¿por qué?

Ahora, una mano se levantaba para aferrarse como una garra a los carrillos flácidos y escabrosos.

¿Por qué, por qué tanto odio contra aquel aspecto del pobre enfermo?... ¿Sufría? ¿Por qué sufría?

De improviso, un temblor convulsivo partía de las vísceras contraídas, y los ojos—aquellos ojos—se llenaban de lágrimas.

¡Animo, pronto, las manos en busca de un pañuelo... en éste... no, en aquel bolsillo... tampoco! Pues entonces las llaves... El manojo de llaves para abrir el primer cajón de la cómoda, donde están los pañuelos... ¡pronto!

¡Oh! Aquí...—el pañuelo, sí—la mano cogía uno, entre los muchos allí colocados—pero lo cogía mecánicamente, yendo a tientas entre los otros montoncitos de lencería, mientras los ojos, en el fondo del cajón, en un ángulo... sí, el menudo revólver... (*Con éste, sí...*)

¡Y cómo se estaba quieto, aquí escondido, con su empuñadura de hueso, bruñida, blanca, saliendo de su funda de fieltro gris!...

Pero, ¡ah!, la otra mano, casi a hurtadillas, se levantaba para volver a cerrar el cajón e impedir así a los ojos que siguieran fijos en aquella cosa, pequeña como un juguete, pero

que debía dejarse ahora en el cajón, así como estaba, quieta y escondida.

El manojó de llaves permanecía colgado a la cerradura y balanceándose.

Por la ventana que daba al jardín entraba la dulce frescura del anochecer. El enternecimiento repentino que le había hecho derramar aquellas lágrimas le producía un inefable alivio. Los pulmones, oprimidos antes por la angustia, se ensanchaban en largos suspiros. La nariz destilaba las últimas lágrimas. Y el hombre volvía a sentarse sobre el butacón, con el pañuelo sobre los ojos. Estaba un rato así; después abandonaba las manos encima de las piernas, y la mano izquierda se acercaba a la derecha que tenía el pañuelo, cogía un borde del mismo y tímidamente, como para recomenzar el juego, con el pulgar y el índice se ponía a recorrerlo hasta la punta.

—Pasemos el tiempo así—parecía decirse aquella mano—. Pero sería verdaderamente hora de ir a cenar; al menos a cenar, porque hoy, a mediodía, no hemos almorzado... Antes de ir a cenar, no obstante...

Y la mano, levantándose de nuevo, pero no ya en forma de garra, volvía a acercarse a los carrillos para rascar la aspereza de los pelos que renacían.

—¡Qué barbaza! Convendría afeitarla para no hacer huír a la gente, al entrar en la fonda...

¡Cosa extraña! Aunque la mente parecía divertirse por cuenta propia, divagaba, hablaba entre sí de cosas extrañas sin enlace alguno; seguía imágenes conocidas que se presentaban sin ser llamadas; aéreas pero precisas, fuera de la conciencia, y daba opiniones, aunque segura de no ser escuchada...

De repente, empero, sucedía como antes con la tentación del espejo: la voluntad enemiga, como en acecho de todo movimiento instintivo, de toda sugestión que tendiera a oponérsele, arrebatava este movimiento por sorpresa y lo hacía suyo para retorcerlo de pronto contra el cuerpo.

La barba, sí; pronto, pronto. Y después, un baño...

—¿Un baño? ¿Cómo? ¿Por la noche? ¿Por qué?

Porque sí. Pulido desde la cabeza hasta los pies. Y mudado de todo: camiseta, calzoncillos, calcetines, camisa, todo... Era menester que, *después*, el cuerpo *fuese encontrado* limpio. ¡En tanto, la barba, en seguida!

En contradicción con su primer deseo, las manos se sentían ahora puestas al servicio de la voluntad enemiga para un acto que, de normal y acostumbrado que era, se convertía ahora en una empresa oscura, decisiva y casi solemne.

Sobre la cómoda estaba la brocha, la cajita de la pasta de jabón, la navaja... Pero hacía

falta primero verter el agua en la palangana, tomar el peinador... No sabían ya con precisión las manos qué es lo primero que había que hacer. Primero, el peinador, sí...

En el redondo espejito giratorio, traído antes sobre el mármol de la cómoda, aparecía, entre los pliegues del blanco peinador, la hispida faz... ¡Dios, qué descompuesta! Casi reducida toda a los ojos atónitos y crueles: irreconocibles... Y entonces, las manos, espantadas de aquellos ojos, alargaban los dedos, temblorosos, a la brocha; destapaban la cajita de la pasta de jabón; cogían de ella una dedada; la introducían entre los pelos de la brocha mojada; comenzaban a enjabonar los carrillos, la barbilla, la garganta...

Gozaban otras veces los ojos y las orejas en ver y en oír el burbujeo y el temblor de la espuma fresca, blanquísima, creciente, blanda, en copos de algodón sobre los carrillos, sobre la barbilla; y los dedos se complacían de aquel goce de los ojos y de las orejas, y se recreaban en prolongar aquel aumento ampuloso de la enjabonadura, con burbujas cada vez más hinchadas y densas.

Pero ahora, no. Ahora temblaban; y las yemas habían casi perdido el tacto. Temblaban al armarse de navaja, tan poco seguras como estaban de sí; guiadas, como serían dentro de poco, por aquellos ojos espantosos.

El pecho jadeaba; el corazón mismo, que

también sufría en sí y era la causa de todo, latía ahora tumultuosamente; sólo un sutil hilo de aire entraba, casi silbando, agudo, por una de las ventanas de la nariz, dilatada. Las manos abrían la navaja.

Por fortuna, el cuerpo, acercándose a la cómoda, advirtió, de pronto, sobre la boca del estómago, una presión dolorosa. Era el manojito de llaves que quedó colgado allí en la cerradura del primer cajón.

La mano derecha, entonces, casi por propia iniciativa, o mejor, obedeciendo a un instintivo movimiento de espanto hacia el arma vulgarísima antes empuñada, dejó la navaja sobre el mármol de la cómoda y, en vez de sacar de la cerradura las incómodas llaves, tiró un poco del cajón, sacó el revólver y lo puso sobre la piedra de mármol, distante.

Era esto como llegar a un acuerdo con la voluntad enemiga. Poniendo el revólver sobre la cómoda, la mano decía a aquella voluntad:

—Aquí lo tienes; para tí es. ¿No has dicho con *éste*? ¡Y déjame en paz afeitarme la barba!

El jadeo del pecho cesaba. La mano, sin temblar ya, volvía a tomar, airosa y casi alegre, la brocha, para volver a rehacer aquella espuma, que se había chafado y enfriado sobre los pelos.

Alejado el peligro, normalizada la respiración, los dedos trabajaban con deleite, en unión de la brocha, para hacer crecer de

nuevo la enjabonadura; después, con la mayor seguridad, volvían a tomar la navaja, la pasaban sobre el carrillo derecho con todo primor; sobre el izquierdo; y por último, sin sombra de excitación, sobre el cuello, volviendo como antes a complacerse en el goce que los oídos experimentaban con el ruido de la navaja, al rascar en la piel.

Los ojos, poco a poco, habían perdido la expresión feroz, pero estaban ahora, de súbito, velados de un enorme cansancio, tras el cual la mirada extraviada expresaba una bondad piadosa, casi infantil, lejana. Se cerraban por sí aquellos ojos de niño. Y el cansancio repentinamente invadía, entorpecía todos los miembros. La voluntad, no obstante, tenía un último impulso siniestro, y antes que el cuerpo, tan de improviso privado de fuerzas, tambaleante, se arrastrase hasta la poltrona al pie de la cama, imponía a la mano que cogiera consigo el revólver para colocarlo allí al lado del lecho mismo, junto a la poltrona, como diciendo que concedía, sí, al cuerpo un poco de reposo, pero que, entre tanto, no olvidaba el pacto.

El último vislumbre del día palidecía triste, húmedo, en la ventana; la sombra, y paso a paso la oscuridad, las tinieblas, entraban en la alcoba, y el rectángulo de la ventana deliraba ahora menos negro, próximo y lejanísimo,

punteado de un infinito hormiguero de estrellas...

El cuerpo, todo el cuerpo dormía ahora con la cabeza apoyada en los pies del lecho, un brazo extendido hacia el pequeño revólver.

Sin advertir el frío de la noche, que entraba por la abierta ventana, durmió aquel cuerpo en la incómoda postura hasta que el vislumbre primero del nuevo día, más lívido, más húmedo que el último del día precedente, disolvió apenas con zumbido imperceptible las sombras en el vano de aquella ventana.

Mas no se despertaron los miembros: el primero en despertarse fué el corazón, roído de un tormento que el cuerpo no sabía. Se despertó para advertir un vacío espantoso, suspendido en su lobreguez, y una impresión de aspereza cruda, atroz, que emanaba casi de una realidad no vivida y en la que era imposible vivir. Ea, hacía falta aprovecharse de este único momento, en que el cuerpo indolente estaba todavía invadido de la pereza del sueño. ¡Sí, sí, ea, la voluntad podía caer a plomo en aquella mano todavía inerte sobre el lecho, hacerle empuñar el revólver...! ¡Súbito! Sacado de la funda, así, un segundo en la boca, sí, aquí, aquí... con los ojos cerrados... así...—¡ah, qué gatillo, qué duro!... ¡¡¡arriba, fuera... e... a... sí!!!

En el cuerpo pesantemente caído boca abajo, después del golpe que hace retumbar

el suelo, los dedos de las manos, cediendo al esfuerzo violento con que se habían cerrado, y volviendo a abrirse, ya muertos, lentísimamente por sí mismos, con aquel meñique jorobado de la izquierda, más que con todos, parecía que preguntaban:

¿Y por qué?

UN RETRATO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN